

Mateiu Caragiale

UN AUTOR RUMANO ENTRE ORIENTE Y OCCIDENTE

José María Pallás

Algunos datos biográficos y sobre su producción

Mateiu Ion Caragiale nacido en Bucarest en 1885, y muerto en la misma ciudad en 1936, hijo del insigne dramaturgo Ion Luca Caragiale, es autor de una breve producción literaria, pero de excepcional valor y originalidad en la historia de la Literatura Rumana¹.

Estudió Derecho en Bucarest y en Berlín –carrera que nunca llegó a terminar–. Entusiasta de la Historia, apasionado por la genealogía y la heráldica, dibujante miniaturista, y, además, dilectante declarado, ocupó durante algún tiempo un cargo de segundo rango en la administración rumana. La vida de Mateiu² Caragiale, en nuestra opinión, se vio condicionada desde la infancia por la sombra de su padre, quien le proporcionó una sólida formación cultural, pero también una vida muy inestable en el terreno familiar y el económico. Todo ello les condujo a ambos a un enfrentamiento tan grave que les obligó a romper todo tipo de relaciones personales. Por otra

parte, la obsesión por recuperar un pasado aristocrático muy dudoso, y el ansia incontrolada por ocupar cargos de gran reputación, y, sobre todo, de dinero y de bienes materiales nos mostrarán la figura de un auténtico frustrado existencial y la figura de un extranjero, de un exiliado, en su propio espacio –al que detestaba– y en su propio tiempo.

La obra de Caragiale hijo se reduce a los siguientes títulos y obras: **Pajere** (*Águilas heráldicas*) de 1912, conjunto de poemas de trasfondo histórico, léxico arcaizante y tono decadentista; **Remember** (1924), relato corto ambientado en el Berlín de principios de siglo de inspiración modernista-decadentista, y **Craii de Curtea-Veche** (*Los reyes de la Corte Vieja*) publicada en forma de volumen³ en 1929. Además, dejó otro relato inconcluso **Sub pecetea tainei** (*Bajo la marca del misterio*), algunos escritos varios sobre temas dispersos, un *Diario* personal, un *fragmentarium* muy diverso, y un corpus de *Correspondencia* personal, no muy extenso, pero fundamental para acercarnos al hermético hombre y autor literario que fue Mateiu.

¹ Aunque no sea más que una anécdota –significativa en nuestra opinión– indicaremos que en una encuesta realizada por la revista rumana “Observatorul cultural” (El observatorio cultural), realizada a 102 críticos literarios, y publicada en el primer número de dicha revista del año 2001, la novela Craii de Curte-veche (Los reyes de la Corte Vieja), de nuestro autor, fue proclamada como “la mejor novela rumana del siglo XX”. Un hecho a tener en cuenta dada la nómina de importantes prosistas que ha dado Rumanía en el pasado siglo: Liviu Rebreanu, Mihail Sadoveanu, Marin Preda, Camil Petrescu, Hortensia Papadat-Bengescu, entre otros.

² Para dar un carácter arcaizante a su propio nombre de pila, el autor mantuvo la escritura de una u etimológica en rumano en este nombre de persona, pero que no ha de ser pronunciada. Dígase [Matéi].

³ La obra empezó a publicarse originariamente en fragmentos, aparecidos en la revista literaria “Gîndirea” (El pensamiento), de gran prestigio en su momento y portadora de toda una ideología literaria en el contexto rumano.

La obra cumbre de Mateiu Caragiale

Los reyes de la Corte Vieja, novela de aproximadamente 200 páginas, y de larguísima elaboración –la ideó en 1910– narra las peripecias de cuatro amigos –tres “aristócratas” y un crápula– por la ciudad de Bucarest, especialmente por el mundo nocturno del arrabal. Consta de cuatro partes y el motivo conductor es el **viaje**, la peregrinación, tanto en el plano real (viajes por la ciudad) como en el plano imaginario (lugares exóticos, siglos predilectos –el XVIII, el siglo galante y francés por excelencia–, tiempos y espacios de la infancia, etc.). Se trata de una novela de marcado carácter urbano, y el autor ofrece, en nuestra opinión, una **presentación literaria** de esa ciudad fronteriza entre el mundo de Oriente y el de Occidente. Esta presentación del espacio urbano, por su tratamiento, es un *unicum* dentro de la Literatura Rumana del siglo XX.

En la novela, Bucarest es la auténtica protagonista. Encrucijada entre Oriente y Occidente, va marcando inexorablemente los destinos de los distintos personajes, y es quien delimita sus respectivos campos de acción, sus zonas de actuación y sus zonas prohibidas. La lectura de la obra nos permitiría apreciar que no todos los personajes pueden moverse libre y felizmente por todas partes. En este sentido, cabría agrupar a los personajes del libro en dos categorías por la relación que mantienen con su lugar de origen. Por un lado, los que se sienten en casa allí, *a las puertas de Oriente, donde todo se toma a la ligera*⁴, los dotados de buenos “muelles” que saben por instinto aprovechar el mecanismo oriental de la aglomeración, especular en aquellos territorios donde la escala de valores está trastocada, es decir, el caso de Pirgu y sus seguidores incondi-

cionales. Por otro, están los “exiliados” en su propio país, los “occidentales” obligados a vivir en ese mundo, siendo su única salvación la evasión en el tiempo o en el espacio, o en los dos a la vez, y si no, como último recurso –una terapéutica suicida– sumergirse en los abismos del vicio, como ocurre con Pantazi, Pafladia y el Narrador.

De todo lo dicho anteriormente podemos concluir que Mateiu Caragiale en *Craii de Curtea-veche* nos ofrece la visión de una ciudad con pretensiones de lo occidental y también del mundo balcánico, tomando el tópico balcánico en sentido negativo. A diferencia de otras obras, que presentan un mestizaje más bien racial o étnico, el texto rumano ofrece, con más propiedad, una mezcla de culturas, cuyo marco es Bucarest. De este espacio hace el autor, literariamente, un excelente retrato, y nos permite considerar a la capital de Rumanía como una ciudad híbrida, donde se dan tipos singulares y situaciones concretas provocadas por su localización geográfica, ligada estrechamente a su desarrollo histórico. Se trata de un espacio encrucijada de culturas y, por tanto, propenso al mestizaje cultural.

Resulta difícil y arriesgado seleccionar –por lo que supone de cercenamiento de la obra– fragmentos de una novela corta como esta, caracterizada por una prosa brillante, sugerente, de larguísima e imbricados periodos oracionales y de un léxico absolutamente seleccionado, a la vez que arcaizante. Pero mostraremos a continuación unos pasajes que puedan, al menos, presentar literariamente al lector español no rumanoparlante⁵ a Mateiu Caragiale. El primer ejemplo, tomado de la parte II, titulada *Las tres peregrinaciones (Cele trei hagiălcuiri)*, nos descubre a los sentidos un maravilloso e imaginario viaje en globo del

⁴ Esta expresión es parte del lema principal del libro, y está tomado de Raymond Poncaré, presidente de la República Francesa entre 1913 y 1920, quien intervino en un proceso sobre los fraudes cometidos con ocasión de las concesiones de ferrocarriles en Rumanía.

⁵ Probablemente, sea la nuestra la primera y única traducción de la obra realizada en España hasta el momento. Esta forma parte, como Anexo I, de la Tesis Doctoral titulada *La configuración del espacio en la obra de Mateiu Caragiale*, defendida en la U.C.M. en mayo de 2003. La obra espera pacientemente a algún editor interesado para presentarla al lector español en forma de volumen..., hecho que contribuirá, sin duda, a llenar el vacío editorial que en cuanto a literatura rumana en español se refiere.

narrador con su inseparable amigo Pantazi. La fascinación por la naturaleza y por el abigarrado y mágico mundo del Oriente toman protagonismo en estas líneas desbordantes de sensaciones y conducentes a la ensoñación. Unas líneas que se instalan, no muy lejos en nuestra opinión, de la prosa modernista y decadentista europea de principios de siglo XX.

Soberbias ruinas majestuosas montaban guardia hacia las alturas entre pliegues de hiedra; yacían invadidas por venenosa verdura restos de fortalezas. Palacios abandonados se adormecían en el baldío de los jardines donde deidades de piedra, vestidas de musgo, observan sonriendo cómo el viento del otoño desparrama montones amarillos de hojas, y los jardines con fuentes en donde las aguas ya no juegan más. Los rayos de la luna llena se derraman sobre las viejas ciudades adormecidas; titilaban sobre los marjales resplandores alegres. El torrente de luces doraba el barro de las ciudades gigantescas iluminando por encima de ellas la bruma como un fuego. De su hollín y moho huíamos sin embargo rápidamente; en el horizonte, la nieve de las cumbres sangraba en el crepúsculo. Y partíamos a conocer el vértigo implacable de las cimas, dejábamos detrás de nosotros floridos claros, subíamos por el abetal, atraídos por el murmullo de los arroyos esparcidos bajo los helechos, subíamos, embriagados por el aire pesante, más arriba, aún más arriba. A nuestros pies, entre la pendiente sin vegetación y los cerros coronados de bosques frondosos, los valles se extendían a lo largo del blanco serpenteado de los riachuelos que se perdían a lo lejos, en la neblina de los campos fértiles. Un largo murmullo se alza como una oración. En la paz de la soledad infinita, observábamos en la gloria el giro de las águilas por encima de los negros precipicios, mientras la noche nos hacía sentirnos más cerca de las estrellas. Pero enseguida empezaba a ventiscar y a helar, y descendíamos hacia el sur, a las tierras de dulce nombre donde el otoño languidece hasta la primavera, donde todo, el sufrimiento, la muerte incluso, reviste el aspecto de la voluptuosidad. El aroma de las flores de adelfa se extendía amarga sobre los lagos tristes que reflejaban blancas torres

entre fúnebres cipreses. Peregrinos devotos íbamos a someternos a la Belleza en las ciudades del silencio y del olvido, recorríamos las callejuelas en pendiente y las plazas herbosas, acudíamos a los viejos palacios y augustas iglesias –obras maestras–, nos dejábamos dominar por el entusiasmo hacia el Pasado contemplando sus vestigios sublimes. La nave se deslizaba lentamente entre las costas elogiadas de los mares helenos y latinos; los pilares de un templo pagano en ruinas aparecían entre el bosque de laureles. Una griega nos sonreía desde un pórtico encortinado de jazmines, regateábamos con comerciantes armenios y judíos en un bazar, bebíamos con los marineros vino dulce en fondas llenas de humo donde mujeres bailaban la danza del vientre. Nos aturdió el bullicio abigarrado de los muelles bañados por el sol con el balanceo tranquilo de los mástiles, nos encantaba el apacible silencio de los cementerios turcos, el cándido deleite de las ciudades orientales extendidas como unas odaliscas a la sombra de los cedros orgullosos, nos dejábamos secuestrar por el sortilegio azul del Mediterráneo hasta que abrumados por la somnolencia de su cielo de esmalte y sofocados por el viento de Libia, nos dirigíamos hacia el océano. Hacia medianoche se ofrecía a la vista asombrada un disfrute sin fin de juegos de la humedad con la luz. Los rayos oblicuos doraban la perenne neblina, deshacían el tejido de las brumas en todos los colores del arco iris y estaban, nunca los mismos, llenos de color púrpura fuerte en el ocaso, acuosas transparencias violetas y grises en las tardes de verano, el mágico esplendor de las auroras boreales sobre los montones de nieve de los glaciares. Regresábamos después hacia los trópicos, vivíamos con los plantadores el sueño melancólico de Florida y de las islas Antillas, penetrábamos, detrás de “los cazadores de orquídeas”, en la oscuridad verde de la selva amazónica resplandeciendo por el vuelo de los papagayos. Nada escapaba a nuestras ávidas observaciones, descubríamos entradas de paraísos perdidos sobre el espacio del océano tranquilo donde, bajo nuevas constelaciones, navegábamos largamente, nos dirigíamos hacia los países de las especias, hacia la cuna de las civilizaciones inmemoriales, celebrábamos la llegada

de la primavera en Ise, nos sumergíamos en la misteriosa perdición de las noches chinas e hindúes, nos estremecía el aroma de las tardes sobre el agua en Bangkok. El viento ardiente acariciaba lento las campanillas plateadas de las pagodas, inclinaba las anchas hojas de las palmeras. Nos olvidamos de Europa, de ella, todo lo que habíamos admirado nos parecía ahora verdaderamente desmedrado y descolorido. Y nos poníamos en camino sin cesar, a la búsqueda de horizontes más profundos, de bosques más antiguos, de jardines más floridos, de ruinas más grandiosas; alegrías no hallábamos más que cuando la belleza o la extravagancia hiciera que nos creyéramos sobre el mundo del sueño. Cualquiera habría podido ser no obstante la maravilla debida al capricho de la naturaleza o al esfuerzo del hombre, que poco tiempo nos retenía y partíamos otra vez, recorríamos sombríos parajes y soledades abruptas, rodeábamos la tristeza de los páramos infecundos, el sinnúmero de fétidos pecinales para volvernos cuanto antes al mar.

Frente a este tipo de viaje exótico imaginario, embriagador de los sentidos, encontramos en esta misma parte de la obra otro tipo de viaje, pero esta vez de carácter infernal. Se trata de un viaje a la noche de Bucarest, momento en que el narrador y sus camaradas de juerga nocturna –dos tipos aristócratas y un crápula indeseable, Gorica Pirgu– aprovechan para deambular por los espacios genuinos y “malditos” de la capital rumana. A pesar de ser espacios reales, para el narrador esos espacios y ese tiempo le parecen puro sueño.

Apenas acababa la cena, a Pirgu le entraban ganas de irse. El hombre tenía sed. Se encontraban entonces, gracias a Dios, y no caros, vinos de Burdeos y Borgoña para hacer honor a un banquete real. Pero a Gorica en cambio no le complacían, él quería un vino más ligero, vino de la tierra, vino de parral; descubriría alguno que otro formidable y

nos llevaba, hacia quién sabe qué fondo de arrabal, para envenenarnos con cualquier vino peleón mohoso y enturbiado. Verdadero lobo de mar, Pantazi bebía lo que le entrara por la boca, más fácilmente incluso que Pashadía, que no buscaba tanto la bebida sino el bullicio, la luz, la gente. De allí nos íbamos a buscar otra variedad de vino; se acordaba de algún rava⁶ infernal, en otro soportal, o un “singe-de-iepure⁷” como para cortar el aliento. Entre tasca y tasca, tomábamos un café en Proaapeasca o en Pepi fimaroa y charlábamos con un vaso en la mano con las chicas, mientras Pirgu convencía a Pashadía o a cualquier otro un encuentro para el día siguiente. Nos subíamos algunas veces al “club”, donde Pashadía tentaba algunos golpes de suerte en el chemin de fer⁸, todavía de pie, y muy rápidamente; pero esto era raro, estando reservadas a las mujeres y a las cartas las horas de antes de la cena. A la tercera parada empezaba el jefe, decididamente, la orgía. En torno a nosotros trajinaban y gusaneaban las siniestras alimañas nocturnas de la ciudad. Con ellas Gorica se sentía a sus anchas, se dejaba llevar. Como el azogue, se deslizaba de mesa en mesa, provocaba risa a carcajadas, gracias a él la orgía tomaba cuajo y se caldeaba; decía a los músicos que tocasen, les daba de beber, se besaba con ellos en la boca, después los injuriaba y los abofeteaba. Por lo demás, como de costumbre, hacia el amanecer acababa a palos. Extraños al alboroto que se inflaba selvático, Pantazi y Pashadía seguían en silencio el sueño como si hubieran estado mil leguas lejos de allí; lo que parecía que los perturbaba era precisamente el silencio. Y algo extraño igualmente, cuando sucedía que Pirgu no venía –tenía que falsificar algún pagaré o se liaba a jugar con Mehtupciu–, era que si íbamos por donde habíamos estado con él, dormitábamos con los vasos delante, todo lo que veíamos parecía mortecino y sin vida; siendo él solamente el animador de ese mundo nocturno, era la encarnación viva del mismo espíritu contaminado e inmundo de

⁶ Es un mosto que sale por sí mismo de las uvas puestas en el lagar, sin ser prensadas.

⁷ La traducción sería “sangre de liebre”. Se trata de un tipo de vino peleón.

⁸ Juego de cartas.

Bucarest. Por eso lo seguíamos sin rechistar; con él exploramos, bajo la nevisca y el aguanieve, el fango de las callejuelas sin pavimento y sin nombre de la periferia, por los bajos fondos yermos llenos de inmundicia y de carroña, entrábamos casi a cuatro patas, en el calor sofocante de las casuchas bajas, con tierra en el suelo y arregladas tan recientemente como en la medida que lo estaban los gitanos que, en sus harapos rojos o amarillos y descalzos, unidos solamente con un cordel de trapo bajo las rodillas, ofrecían allí a los matarifes y a los casqueros, por un real, un vaso de aguardiente o un paquete de tabaco. Y aunque no frecuentábamos las buenas familias, conseguimos descender más bajo aún.... nos guarecíamos después en el mercado, ante una sopa de tripas, hasta rayar el alba.

Pero como el narrador –seguro trasunto del autor– tiene pretensiones de occidentalidad y de evasión espacio-temporal, propone otro viaje, en este caso al siglo “galante” por excelencia, el XVIII, y a los lugares más alejados de esa europeidad balcánica que es, a sus ojos, Rumanía.

Empezaba entonces, no mucho menos encantador, un nuevo viaje, el viaje a los siglos pasados. Nos volvíamos a encontrar casi siempre en aquél que, querido para nosotros y nostálgico entre todos, fue el siglo dieciocho.

Éramos tres retoños de dinastías con nombre famoso, los tres caballeros-hermanos de la orden de San Juan de Jerusalén, llamados también de Malta, portando con orgullo sobre el pecho la cruz de esmalte blanco y el coronado trofeo suspendido de una cinta de tafetán negra. Aparecimos en el ocaso del Rey Sol, padres jesuitas nos habían acrecentado y nos armaron en Villena. Aún jóvenes, en una caravana, habíamos hundido en medio de la tempestad algunas tartanas berberiscas; más tarde habíamos gueareado valientemente en tierra firme por la victo-

ria de las flores de lis: estuvimos en Kehl con Berwick y con Coigny en Guastalla, tras cuyas hazañas dijimos adiós a la vida castrense, y deseosos de ver y de conocer, partimos, trío inseparable, en incesante peregrinación, tras los pasos de Peterborough. Cortesanos de linaje, de un extremo al otro de Europa, no hubo corte que quedara inexplorada por nosotros, nuestras botas rojas resonaron en las escaleras de todas ellas, los espejos de cada una nos reflejaban los rostros ampulosos y las sonrisas impenetrables; bien recibidos y bien vistos en todas partes, éramos los huéspedes de las Majestades, de sus Eminencias y de todos los Ilustrísimos, de los grandes, medianos y pequeños Príncipes, de las Princesas-abadesas, de los Príncipes-abades y de los Príncipes-obispos; en Belem y La Granja, Favorita y Caserta, en Versalles, Chantilly y en Sceaux, Windsor, Amalienborg, en Nimphenburg y en Herrenhause, Schönbrunn y Sanssouci, en Haga-sobre el Maelar, en Ermitage y en Peterhof conocimos “la dulzura de vivir”. En una fiesta ininterrumpida de día y de noche, disfrutamos como no se había disfrutado nunca y como no se disfrutará jamás; nos regostamos afanosamente a todos los deleites de los sentidos y del espíritu, porque, aunque carente de grandiosidad, fue un siglo bendito, el último siglo del buen placer y del buen gusto, en pocas palabras: el siglo francés y, por encima de cualquier otro siglo, el de la voluptuosidad.

Efectivamente, voluptuosidad, placeres gastronómicos, recreación imaginaria de espacios exóticos y tiempos pasados predilectos es lo que nos ofrece este grupo de amigos en sus recorridos por un espacio urbano, Bucarest, que progresivamente toma las características de un espacio infernal solo apto y tolerable para aquellos que saben amoldarse a su genuina esencia: la frontera entre el mundo de Oriente y el mundo de Occidente. Es en ese punto donde Mateiu Caragiale parece instalarse como creador literario y como persona.

José María Pallás Ruiz es profesor de Lengua y Literatura Castellana en el I.E.S. “Felipe Trigo” de Móstoles. Doctor en Filología Románica por la Universidad Complutense de Madrid y Colaborador Honorífico de su Departamento de Filología Románica, Filología Eslava y Lingüística General.